



El pata de perro en cinco pasos

UNO

Teoría del Viaje. Así se llama el libro de Michel Onfray que me obsequiaron hace un par de horas. La historia del regalo es extraña, asombrosa, encantadora. Cierta mañana, Barcelona por la mañana, en el Mercado de Sant Antoni, en el lugar en donde se instala semanalmente el tianguis de libros, cómics y discos de segunda mano. Las amigas pasan por el lugar, repleto, y deciden volver más tarde, esperando que la aglomeración haya desaparecido. Mal cálculo porque vuelven al mercado cuando ya se han levantado todos los puestos y luce desolado. O no tanto, porque en un rincón, acomodados cuidadosamente sobre el piso, están cuatro libros: Dix grandes notions de la sociologie, Mythes et littérature, Analyser les vers y Théorie du voyage: Poétique de la géographie. Cuatro libros olvidados por alguien y que descomponen el pesado vacío que se queda en el mercado cuando se van los comerciantes. Las amigas recogen los libros, voltean para todos lados, entienden que el azar los ha colocado ahí y que serán el mejor regalo, a través de ellas, para el amigo que ama, completamente, a esa ciudad y a sus calles siempre asombrosas.

DOS

Ahora recuerdo que, en el librito, hermoso, de André Breton y que se titula Nadja, está condensada muy vivamente la imagen del azar objetivo: el hallazgo fortuito, el golpe de suerte, el accidente, que se cuaja en el momento en que, sin buscar nada, a la vuelta de la esquina nunca antes recorrida, se topa uno con el amor de la vida. La fundación de algo nuevo que nunca pudo darse sin el concurso del azar, la caminata y la oportunidad. Kairós, le llamaron los griegos. Esa pequeña ocasión para que todo cambie, sólo se da en la calle, cuando uno camina con su propio ritmo y a su aire. Con paciencia, sin adelantar a los cadenciosos abuelos que van delante de uno. Lo que suele ocurrir y les ruego que lo admitan) es que uno, atolondrado por la velocidad que marca el automóvil, pautado por una velocidad que no nos corresponde, se lanza a rebasar entre empujones, caras largas, malos modos y palabras entre dientes: "pinches viejitos pachorrudos".

TRES

Cuatro libros en la calle de Barcelona. Un regalo misterioso para el gran amante que vive, entre suspiros, a

txt: Martín Mora
img: Diana Martín

doce mil kilómetros de distancia y un océano de por medio. Las calles de la ciudad que tantas veces se han recorrido, que tantas ocasiones han sentido el peso de aquel delgado y volátil sujeto que las patea con frenesí, con manía, con andar pausado, cañino. Regalos enviados a través de las amigas que entendieron, en ese mismo instante, que sería la mejor manera de llevarle un trozo de calle y el mejor regalo al caprichoso amigo que parece no conformarse con nada. Cuatro libros alineados, con títulos profundamente sugerentes, que son el gran mensaje que el obsequiado acaba de comprender hace unos minutos: eso significa pandear la bota, eso significa ser un pata de perro, eso significa ser un errante por la ciudad: un urbanauta.

CUATRO

Las calles de Guadalajara no se acaban con los pasos. No se desgastan por el andar de los miles de transeúntes que todavía sienten el impulso del paseo. Las calles de nuestra ciudad no se han destrozado por los pasos largos, lentos, apresurados, titubeantes, cojos, rengueantes, desiguales, con muletas, con silla de ruedas. Las calles de la ciudad se han destrozado por la naturaleza, por la terquedad de los árboles que no entienden de trazos ni cemento; y, lo peor, por la

estúpida voracidad de los automóviles que no se conforman con maltratar las calzadas sino que quieren emperrarse en las aceras. Y hablo de automóviles y no de sus conductores, porque éstos no existen y ni siquiera son humanos al treparse a la máquina. Sin ser fetichista, los autos son la más idiota y desarrollada expresión de la deshumanización contemporánea. Pero, tranquilos: no les echaré una perorata seudoacadémica, sino la mera impresión de un pata de perro absolutamente apasionado, que pandea la bota cada vez que puede, con la idea de que caminar las calles, humanizar con los pasos las aceras, es la única manera de que la ciudad tenga sentido y sea nuestra verdaderamente. Caminar sin rumbo, mirando todo y deteniéndose largamente en los detalles, como el flâneur de Baudelaire, es la única forma de vivir las ciudades. Y la más certera para encontrar el accidente, el azar objetivo, el acontecimiento: eso que merece ser contado, y que muchas veces tiene, como aquí, el enorme pretexto del hallazgo de cuatro libros, en la calle, olvidados, como la mejor forma del regalo.

CINCO

En cuanto termines de leer estas líneas, busca tu regalo: camina por la calle. →